

sus sables. En una carga mata al duque de Brunswick, y á punto estuvo de hacer prisionero á Wellington, quien se apresuraba á ceder al mariscal francés, cuando desemboca en el campo de batalla por el camino de Nivelles una fuerte división inglesa.

Ibale á tocar ahora ceder á Ney que en vano había esperado á Erlon; sabe entonces que éste marchaba al cañón de Napoleon por haberle traído la orden de que ya hemos hablado uno de sus ayu-

dantes, y le envía contraorden para que acuda á él, paralizando de esta suerte á Erlon, quien no se batió ni en Quatre-Bras ni en Ligny paseando entre dos batallas. Ney agobiado por el número se retiró á Frasnes en donde á las nueve de la noche se le unía Erlon.

Ney no había conseguido, es cierto, batir al enemigo que no le molestó en su retirada, pero había conseguido causarle más bajas que las que él había tenido, cinco mil por cuatro mil, y había consigui-



MARISCAL GROUCHY

do, además, que no se juntaran ingleses y prusianos.

Pero si Erlon no compareció en persona en el campo de batalla de Ligny, fué allí la mitad de su gente. ¿Por qué Napoleon no le envió orden de que atacara? Porque Napoleon pasado el susto que le dió ya no se acordó de ella. Cuando en Santa Elena Napoleon habló de esta batalla, todo fué culpar á Ney, cuando él sólo era el culpable, Napoleon estaba ya cansado.

Tan cierto es esto que Napoleon al día siguiente, no montó á caballo hasta las nueve de la mañana, viéndole sus generales con estupor entretenerse luego en recorrer el campo de batalla y en pasar revista á sus tropas con lo que llegó al medio día. Entretanto los prusianos habían escapado de su frente sin dejar huellas de su retirada, que Napo-

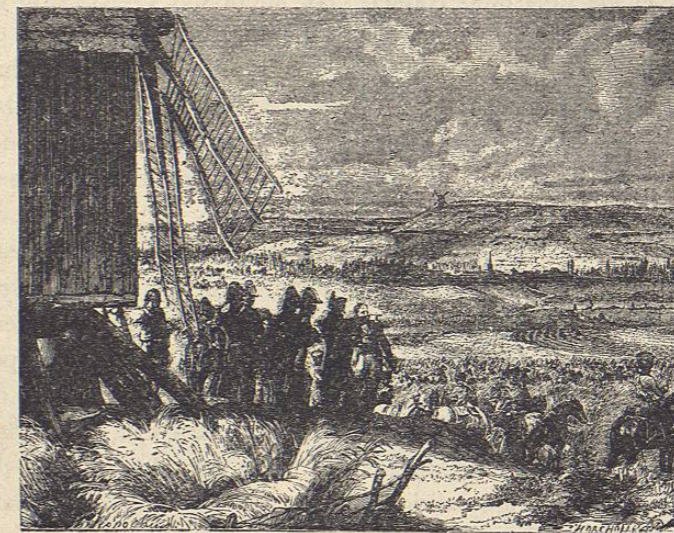
leon supuso que sería hacia Namur y Lieja, como si Blücher fuera hombre capaz de dejar abandonado á Wellington ni de renunciar á la partida que había emprendido, cuando Bulow con su cuarto cuerpo de ejército acababa de unírsele. Napoleon se decidió al fin á enviar á Grouchy á Gembloux para que allí se enterara del camino que habían tomado los prusianos, y á pesar de haberse sabido luego que había aparecido en el camino de Wavres una división prusiana, no dió contraorden á Grouchy que se iba separando de él, lo que avanzaba sobre Gembloux y lo que Napoleon caminaba á Quatre-Bras.

Napoleon había mandado orden á Ney para que atacara de nuevo á Quatre-Bras, asegurándole que él en persona acudía á su lado. Pero cuando Ney apareció en dicho punto, Wellington lo había abandonado desde las diez de la mañana. Lo único,

pues, que pudo hacer fué batirse en retaguardia, pero sin lograr detenerle. Una tempestad que sobrevino al medio día detuvo algunas horas el avance de Ney, pero al llegar á Plapchenois topó de nuevo con el enemigo que ya no se retiraba. Wellington había tomado posesiones en el monte San Juan delante de Waterlloo. Napoleon no cabía en sí de gozo al ver que los ingleses osaban esperarle. Veía su derrota segura, y tal vez hubiese sido así aquel día; si no hubiese pasado la mañana pasando revistas en el campo de Ligny.

Creía Napoleon al día siguiente no tener que ba-

tirse mas que con los ingleses, y en esta creencia se confirmó al recibir á las dos de la madrugada del 17 de Junio un despacho de Grouchy desde Gembloux, diciéndole que no sabía que se habían hecho los prusianos. Mientras en esta confianza estaba, Blücher se reunía en Wavres con los treinta mil hombres de Bulow, poniéndose á sólo tres leguas de Wellington á quien envió á su jefe de estado mayor en persona, al general Gneisenaus, para asegurarle que le asistiría en la batalla con todo su ejército, es decir, con unos noventa mil hombres que unidos con los setenta mil hombres de Welling-



Batalla de Ligny

ton iban á dar ciento sesenta mil hombres contra setenta y dos mil que éstos tenía á sus órdenes Napoleon, quien no podía ya esperar que Grouchy con sus treinta y tres mil hombres le socorriera en caso de necesidad á tiempo. Tal era la situación de los dos ejércitos al lucir el sol de Waterlloo.

La tempestad del día anterior había puesto en tan mal estado los campos, que las maniobras de la artillería eran imposibles. Fué necesario esperar á que el sol secara algún tanto la tierra, que la lluvia y no el cansancio de Napoleon fuera, en verdad, la causa de que la batalla no empezase hasta las once y media de la mañana del 18 de Junio de 1815. Esto se prueba contra lo que dicen los franceses con sólo pensar que á poco llegan tarde los prusianos al campo de batalla de monte San Juan ó Waterlloo, que es donde tenía Wellington su cuartel general.

Cubría el frente de batalla de Wellington un camino hondo, y sus avanzadas estaban en la quinta

de Goumont ocupando la casa, el parque y las granjas de la casa.

Napoleon principió la batalla con un falso ataque sobre Goumont que estaba á su izquierda, pero su plan era caer sobre el centro y derecha inglesa, pero este falso ataque fué enardeciendo á los franceses que lo convirtieron en ataque principal por el empeño que pusieron en apoderarse de aquel punto escalándole en vez de batirlo en brecha con la artillería, en lo que no pasaron sino cuando hubieron perdido mucha gente y tiempo.

Sobre la una y media de la tarde apareció en las alturas de la Capilla Saint-Lambert en dirección de Wavres, un fuerte ejército. Era Bulow que acudía en socorro de Wellington. Bulow no estaba ya mas que á legua y media de la derecha francesa. Contra él, más bien para observarle que para detenerle ó batirle, envió Napoleon al conde de Lobau con diez mil hombres. Al mismo tiempo Napoleon recibía aviso de Grouchy en el que le decía que marchaba

á Wavres en donde, en efecto, topó con los prusianos, pero con todo el ejército prusiano interpuesto entre él y Napoleón. Por esto Blücher dejó en Wavres sólo al cuerpo de ejército del general Thielmann, mientras él con dos tercios de su gente acudía al socorro de Wellington. Pero los caminos estaban en tan mal estado que Bulow no pudo socorrer al general inglés sino cuando ya éste había rendido á los franceses con su indomable y heroica resistencia.

Todo el plan de batalla de Wellington consistía en mantenerse en sus posiciones hasta que llegasen los prusianos. Una vez reunidos con ellos por la sola fuerza del número quedaba aplastado Napoleón. Este plan estuvo á punto de fracasar por el increíble arrojó de los franceses.

Napoleón envió orden á Grouchy para que acudiese al monte San Juan; pero, ¿era esto posible? ¿Y si era posible, á qué hora llegaría? La falta era irreparable. Si no se hubiese enviado á Grouchy á Gembloux éste hubiera podido estar en Waterlóo antes de la llegada de Bulow, y hubiera apoyado á Ney á tiempo y el desastre de Waterlóo hubiera sido un desastre inglés y prusiano. Ahora su presencia no hubiera hecho mas que completar el triunfo de Wellington y de Blücher.

Continuando Napoleón en su empeño de atacar la izquierda inglesa, mandó su derecha que dirigiera Erlon contra la granja llamada Haie-Sante, que protegía el camino de Bruselas y las cercanías de la aldea de monte San Juan. Erlon avanzó intrépidamente, pero fué rechazado por los ingleses que perdieron en este combate á los generales que mandaban su infantería y caballería. Ni siquiera se apoderó Erlon de la Haie-Sante, pues como en Gourmont también se intentó tomar esta posición por asalto en vez de batir el edificio con la artillería.

Eran en este momento las tres de la tarde. Napoleón ordena á Ney que haga lo que no había podido hacer Erlon, y el héroe de esta batalla de gigantes, como la llamó Wellington, se apodera de las posesiones inglesas, extermina á sus defensores, y hasta extermina á los que Wellington envió en su socorro.

Wellington retrocede, concentra su primera línea y apoya sobre su izquierda, por donde espera ser socorrido á tiempo por Blücher quien marcha ya al lado de Bulow, y de quien acaba de recibir parte que le sostendrá con sesenta mil hombres, dejando delante de Grouchy á treinta mil de los suyos para detenerle.

Ney al ver el movimiento retrógrado de los in-

gleses cree que ha llegado el momento decisivo y lanza su caballería al asalto del monte San Juan. Las líneas inglesas, los cuadros ingleses todo es destrozado, pero en su sitio, los que no mueren se batan en sus puestos sean pocos sean muchos, por esto cuando la caballería inglesa rechaza á la francesa, las líneas de la infantería reaparecen, y los cuadros se forman de nuevo. Ney al ver batidos los suyos acude en su auxilio, los reforma, les lanza de nuevo al enemigo y le acuchilla; llega de nuevo á los cuadros, los acuchilla, por ser, finalmente, rechazado.

Napoleón que no había ordenado dicho ataque, cree ahora que es necesario y le manda á Ney que lo repita. Asalta de nuevo el heroico general el monte y se repite lo que ya había sucedido dos veces. Todo cede al ímpetu de los franceses. Esta vez llegan hasta allí mismo en donde estaba Wellington, su cuerpo de tropas se desbanda y arrastra á los bagajes y bagajeros que van á anunciar á Bruselas la derrota de Wellington y la pérdida de la batalla. Pero Ney no puede sostenerse con su caballería en medio de una infantería que se hace matar hombre por hombre, manda por infantería, y Napoleón le contesta: «¿De dónde quiere que la saque?»

Sin embargo, esta infantería existía. Pero Bulow, que había entrado en línea desde las cuatro de la tarde, iba llevando por delante á Lobau que no podía contenerle, y tampoco le fué imposible hacerlo cuando Napoleón le envió de refuerzo una división de la guardia joven. Bulow iba, pues, á ponerse sobre la línea de retirada de Napoleón, ya era dueño de Planchenois, y es en este momento cuando aquella infantería que estaba disponible, esto es, la guardia vieja, avanza por orden de Napoleón, recobra á Planchenois y rechaza á lo lejos á Bulow. Eran ya en este momento las siete de la tarde.

Conseguido este triunfo, envía Napoleón entonces diez batallones de la guardia en socorro de Ney que se mantiene con la caballería al pié del monte San Juan. Al ver avanzar á estos bravos arma al brazo y sin disparar un tiro, la destrozada infantería francesa se reforma á sus espaldas y se junta á ellos. Los soldados de caballería dispersados se agrupan á su vez y marchan también tras ellos para contenerlos. Así marchaban por última vez los franceses al ataque de los cuadros de Wellington.

El ataque es irresistible. Hill le pregunta á Wellington qué hay que hacer si él llegase á morir, y el héroe inglés le responde: «morir aquí todos.» Desde este momento los ingleses son invencibles.



BATALLA DE WATERLOO (Cuadro de Steuben)